

lo que nos era propio, y excluía todo lo que era extraño. Los romances posteriores á este tiempo, producidos por poetas de profesion, cuyos asuntos pertenecen á épocas mas remotas, no son el espejo que las refleja, no son los que las caracterizan. Desviados en sus formas, en sus ideas y en su expresion; cargados de adornos poéticos y declamaciones oratorias, ni aun puede decirse que se propagaron en general entre el vulgo, sino en corto número. Sin embargo son interesantes como expresion moral de su tiempo, como tristísima prueba de la decadencia y marasmo á que caminaba rápidamente la nacion mas grande, mas extensa y mas poderosa del globo. No se crea por eso que todos los romances de la citada época participan de los mismos síntomas que los dedicados á enmascarar con nuevo colorido los asuntos y hechos de nuestra antigua historia. Aun en los tiempos de Carlos V y de Felipe II, obteniamos glorias que impresionaban á los pueblos, y cantos que sin mengua aceptaban. Los que celebraban las victorias obtenidas en Nápoles, las de Pavía, las de Tunez, las de Alemania, las de San Quintín, las de las Alpujarras, las de Lepanto, encontraban aun simpatías entre el vulgo, aunque oscurecido y despreciado. Todavía guardaba íntimos recuerdos de su antiguo poder: todavía se gozaba en oír ensalzado y proclamado el valor español. Del seno de su patria salieron los grandes hombres y los valientes soldados que conquistaron un nuevo mundo, los vencedores de la Europa y de los enemigos de la religion. Aunque apartados de sus familias los que peleaban en remotos paises, hijos eran de españoles, y españoles tambien. Hé aquí por qué los romances populares sobre las épocas de Carlos V y Felipe II son para ellas lo que fuéron para la suya los viejos y primitivos; hé aquí por qué no los he desechado en un plan mas extenso y trascendente que el que se ciñe á los orígenes de la historia y de la poesía. Dia vendrá en que los siglos XVI y XVII lleguen á ser tan antiguos para los venideros, como ahora lo son para nosotros los anteriores, y en que las sucesivas generaciones procuren indagar el estado social que los constituía. Entónces los trabajos que les trasmitamos facilitarán los que se propongan hacer. Las antiguas colecciones, aunque publicadas sin orden, sin método, sin crítica y sin pretensiones filosóficas, nos han servido á nosotros, y las que hagamos serán tambien útiles á los que nos sucedan.

Bien sea el espíritu de reaccion, ó bien la esterilidad actual del ingenio, los que hayan producido la mirada retrospectiva hácia los siglos medios, al cabo de algunos mas volverá á reproducirse la misma necesidad que ahora existe. Prevenir para entónces los medios de satisfacerla, es una de las causas que mas influyeron para que se emprendiese un trabajo tan árido, tan sin gloria, y cuya utilidad no será conocida en nuestros dias. Si he sido largo y prolijo en la exposicion de mis ideas, si pródigo en los materiales que he reunido, cúlpese al pensamiento de que nada sobra cuando se trata de conservar lo pasado para ilustrar lo venidero.

#### OBSERVACIONES.

##### SOBRE LOS ROMANCES VULGARES.

Luego que por la completa expulsion de los moros faltó en España el inmediato estímulo de gloria nacional, y los trovadores que la cantaban; luego que completamente fué ahogada la libertad, una parte del pueblo ántes magnánimo y generoso dejó de ser lo que fué en épocas mas felices. Envilecido y corrompido, aunque un tanto mas culto y ménos ignorante, por un despotismo que oprimiendo

el alma, lisonjeaba la pereza del cuerpo y la inaccion del entendimiento, apénas el español se atrevia á levantar sus ideas ni á usar de su inteligencia mas allá de lo que una terrorífica supersticion le permitia. Reducidos á una obediencia servil y pasiva, ¡desgraciado de aquel que levantaba su pensamiento una línea mas alto que lo que permitia una inquisicion política y religiosa (20)! Al punto á los piés

(20) La verdadera soberana de los pueblos es la opinion: la opinion es el resultado de las necesidades físicas y morales de los pueblos, es decir, de su modo de existir y de su fe. La necesidad de creer es invariable y constante, es una ley precisa de la naturaleza humana, es un instinto invencible; pero las formas á que se adapta para realizarse en cada situacion son variables. Todos los hombres creen y existen en todos los tiempos; pero ni creen lo mismo, ni existen del mismo modo, ni bajo las mismas formas. Las que generalizadas constituyen una actualidad de fe y un modo de existencia, forman la opinion, á la cual, bajo cualquier aspecto que se presente, no solo no pueden contrastar los grandes hombres que gobiernan á los pueblos, sino que tienen que obedecerla, y aun participar é identificarse con ella, y seguirla, y organizarla para su completo desarrollo, y para el tránsito á su abdicacion en manos de otra que ha de sucederla. Las sociedades existen bajo cualquiera modo de fe ó de gobierno, y solo son imposibles bajo el imperio del ateismo y de la anarquía, que excluyen toda ley, toda razon de orden social. Digo esto porque, al haber hablado, como lo he hecho, de nuestros antiguos gobernantes, no ha sido mi ánimo exagerar sus culpas. Vejado el pueblo castellano por los desórdenes de una aristocracia turbulenta, y lleno de fanatismo religioso; participando sus reyes de los mismos sentimientos, y siendo ademas ventajoso á sus intereses personales, fácil les fué minar la antigua constitucion, que el pueblo, sediento de paz y de reposo, les abandonaba: fácil les fué sustituirla con un poder arbitrario, y fácilmente organizaron la persecucion religiosa basada en los deseos y tendencias populares. Los Reyes Católicos y sus sucesores no hicieron, pues, otra cosa que respirar la misma atmósfera contagiada que el pueblo; que obedecer la opinion de sus gobernados; que participar de su fanatismo religioso, de su odio á la anarquía, de sus deseos de paz. Para lograrlas organizaron fuertemente el despotismo político y el espíritu perseguidor: levantaron el poder inquisitorial, y en cambio de la libertad política y del pensamiento dieron á sus pueblos el apetecido reposo. Verdad es que los males que prepararon sin preverlos fuéron muy superiores al bien que consiguieron; pero por de pronto, obedeciendo la opinion, lograron su objeto principal. Si Dios hiciera los gobernantes naturalmente superiores á sus súbditos en inteligencia como en poder, entónces no tendrian que someterse á las aberraciones de la opinion; entónces no se contagiarian de los errores populares, y entónces fueran verdadera y necesariamente soberanos. No pretendo por esto eximir de toda culpa á nuestros monarcas, pues si obedecieron á las circunstancias, tambien con exceso las explotaron en su favor; tambien su egoísta personalidad tuvo mucha parte en los males que irrogaron al pueblo; tambien en provecho propio y daño universal abusaron de su poderío, y en vez de rectificarlos, extraviaron mas y mas los instintos populares. Mas ¿dónde existe un poder que no abuse de su fuerza? Dónde un gobierno, de cualquiera forma que se revistá, que voluntariamente se

imponga un contrapeso; que no lo rechace y sacuda? Dónde hay un pueblo que mas tarde ó mas temprano huyendo de un escollo no se estrelle en otro? ¿Que cansado de anarquía, no camine al despotismo, ó del despotismo á revoluciones que, para dejar de ser anarquía, han de ser dictaduras, ya cuando comienzan, ya cuando continúan, ya cuando acaban? Hombres libres, verdaderamente libres, no han existido nunca reunidos, si no se llama libertad á la obediencia pasiva y á la abnegacion de toda voluntad individual, comenzadas por la fuerza y continuadas por el hábito. La doctrina del derecho de las mayorías numéricas, aun suponiendo que no sea una fantasma en la práctica, no es otra cosa que la supresion de la libertad absoluta y activa de las minorías.

Abrase el libro histórico de las situaciones humanas, de los instintos de la naturaleza del hombre, y en todas partes se verá lleno de opresores y oprimidos que cambian de bandera cuando de situacion: en todas partes al que ayer pedia libertad y tolerancia, hoy alzar patibulos y encender hogueras en nombre de la libertad y del amor al prójimo. Así es y ha sido hasta ahora la humanidad: el bien no se conoce sin el contraste del mal; la libertad no se percibe sino al lado de la servidumbre. La traslacion del poder arbitrario bajo una multitud de formas es el producto de todas las revoluciones: estas establecen categorías de vencedores y vencidos, como resultados de una lucha; mientras esta dura, cada uno en su campo defiende su libertad, y abriga la esclavitud á su manera. Decidida, el vencido sirve al vencedor, el cual á su vez se cansa de la lucha; el cansancio produce el abatimiento; el abatimiento, la inercia; la inercia, la sumision pasiva, y la sumision pasiva entrega los pueblos al despotismo de uno ó mas hombres. Esto es todo lo que hasta ahora dice la historia, y me parece que lo dirá siempre; porque las leyes morales son tan constantes, tan inmutables en su esencia como las físicas. El justo medio se halla tambien en aquellas, pero como un tránsito, y no como un término de la humanidad; porque el ansia de mudar de estado es una condicion del movimiento que el hombre cree ejercer en línea recta sin fin, cuando solo es en un círculo, donde repite sus mismos pasos. Así la piedra lanzada por una fuerza extraña corre el espacio mientras le dura el impulso, para caer á su centro cuando le falta aquella; así la sal disuelta en un vehículo, luego que esta se evapora, si tranquilo se le deja, vuelve á cristalizarse segun la afinidad de sus moléculas. Trastornar las leyes físicas, sería destruir el universo tal cual es; cambiar las morales, sería destruir la humanidad bajo sus condiciones de existencia: ni una ni otra cosa le es dado al hombre ejecutar, pero ni al mismo Dios le es posible, sino reduciendo el universo á la nada, ó formando otra nueva creacion. Dios podrá hacer un ángel del hombre, pero así ya el hombre no será sino ángel. El hombre podrá cambiar de manos la riqueza y el poder, y distribuirlos á su antojo momentáneamente; pero no formar una sociedad constante, donde todos sean iguales en fuerza, en talento, en ingenio, etc.; ni aunque se proponga suprimir los indi-

del audaz, ó del imprudente, surgia una hoguera que sofocaba sus ideas, que abrasaba sus escritos y que quemaba su cuerpo, haciendo rechinar sus carnes y

viduos á quienes la naturaleza aventaje ó deprima, y aceptar el ostracismo de los aventajados, como se inició en Atenas, y la muerte de los deprimidos, como en Lacedemonia.

Establecer la utopia de una igualdad absoluta entre los hombres, es ir contra las leyes de su naturaleza, es reducirlos al sacrificio de toda individualidad, es privarlos de toda libertad física y moral, es reducirlos á sus necesidades puramente instintivas, es matar su inteligencia, cuya condicion de desarrollo consiste en el indefinido poder de crear nuevas necesidades, y de combinar medios para satisfacerlas, apropiándose cuanto presenta la naturaleza para asimilarlo á la humanidad. El hombre reducido por una constitucion social de esta clase á no excederse de los instintos naturales de conservacion del individuo y de la especie, en esto solo podría emplear su trabajo, y entónces dejaría de ser inteligente y libre, y se convertiría la sociedad en una colmena. No sería ya hombre, sino abeja, sino puramente animal. ¿Será esto posible? No lo sé; pero el hombre es como el *Judio errante*, y tiene que andar siempre; puede trasportarse de la civilizacion á la barbarie, de la barbarie á la civilizacion; mas nunca pararse mientras no mate toda individualidad, toda libertad, todo progreso, toda inteligencia. ¿Es este el punto á que se quiere reducir la especie humana? ¿Para lograrlo se derraman en nombre de su perfeccion ilimitada tanta sangre, tantos dolores? ¿Se ejercen tan diversas dictaduras y con tantos nombres para obtener una esclavitud perpetua; para llamar libertad á la mas omnívota y forzosa negacion de ella; felicidad, á la escasez de los bienes; igualdad, á la extension de los males, y progreso, á la limitacion del uso de la inteligencia? Conducir la humanidad por tan errados caminos, puesto que el hecho de intentar lo entre en las condiciones de la naturaleza, no me parece que entra el de conseguirlo, á no que sea posible convertir al hombre en puro animal, sometiendo á la mas estúpida obediencia pasiva, á la tiranía mas ilimitada, coartando sus deseos con las facultades de satisfacerlos. A esto no creo que alcance el poder humano, mas no por eso son menos reales y efectivos los dolores y trastornos que producen los conatos empleados en realizar esta idea. Lo digo y lo repito: profesando estas doctrinas, no me es posible acusar á nadie en particular del curso que se sigue actualmente para verificar una utopia, á mi ver, irrealizable. Estamos obedeciendo á la ley del movimiento que se impuso á la humanidad, de huir del mal presente sin cuidarse mucho del venidero; al irresistible deseo de cambiar de situacion, al de quitar la espina que nos hiere, siquiera nos clavemos otra que nos atormente mas, siquiera el arrancarla nos produzca mas grave y permanente dolor que el conservarla. La civilizacion actual, despues de llegar á su punto culminante, ¿se halla en el de su descenso? Gastada ya, ¿no puede compensar sus males con sus bienes? No se basta á sí misma? Llevó la nivelacion individual á un punto de que no puede pasar sin destruirse? Llegó á corromperse sin medida, y la humanidad necesita quizás ya rejuvenecerse en la barbarie, en la fuerza brutal que haga sentir de nuevo ser necesario un poder moral que la contenga, y que, como millares de veces, surgirá ahora tambien de ella misma siguiendo los mismos pasos? La divina

Providencia, que en otra época para sus altos fines se valió de los bárbaros del Norte, ahora parece que se inclina á tomar por instrumento las clases proletarias. ¿Y qué sucederá? Lo de siempre. La sociedad cambiará de formas, no de esencia: habrá en ella bienes y males diversamente compensados, habrá las mismas cosas con diversos nombres. Los cataclismos físicos y morales, si no producen una nueva creacion, se reducen solo á modificar las formas de la antigua, obedeciendo á la ley providencial que las asignó su época necesaria. Solo cesarán cuando Dios en su mente lo haya decretado, cuando el bien y el mal dejen de ser condicion el uno del otro; cuando el mundo y el hombre dejen de ser lo que son, y se conviertan en otra cosa; cuando este se cambie en ser puramente contemplativo, en quien el hábito inutilice el uso de la libertad, y la perfeccion la necesidad del progreso. Mientras así no sea, mientras el mundo no se convierta en cielo, mientras la contemplacion de Dios no absorba todas las facultades del hombre, mientras este no se despoje de la condicion terrenal con que en el mundo existe, siempre en desigual lucha entre el bien y el mal, caminará por las mismas vias. La suma del bien y del mal es, como la de la materia, independiente de sus formas, siempre igual. Esta igualdad se constituye por compensaciones inherentes á las diferencias: esta es la única nivelacion que existe, no por la voluntad, no por el poder humano, sino por la ley eterna de la creacion. ¿Cómo pues ejercerá un hombre fructuosamente el uso de su libertad, para modificarse, ya que no para hacerse de nuevo? Luchando íntimamente con sus pasiones individuales, y sometiendo las á la razon universal. La suma y generalizacion de estas victorias forma el verdadero progreso de la humanidad, y su retroceso empieza desde que el hombre lucha con la conciencia de otro, y quiere someter por fuerza la voluntad y el pensamiento ajeno al propio. Desde este punto comienza la tiranía, triunfa la violencia, se provoca la defensa con el ataque, la sangre baña la tierra, la verdad retrocede y el error se ensalza. La idea fecunda y necesaria que nace, reemplaza sin violencia á la innecesaria que decae, ofreciéndola víctimas, no verdugos; pero si luego se hace agresiva, opresora y deprimente de la libertad y de la tolerancia que para sí imploraba, empieza á pervertirse, á decaer, á perder los medios de realizarse lógicamente, aceptando por condicion la violencia, que es para las ideas lo que el fruto vedado fué para el hombre: el dolor y la muerte. La doctrina evangélica hubiera ya fraternizado el mundo, si el hombre no la extraviara tomándola por enseña de los mismos crímenes que prohibia: si no devolviera como represalias á los verdugos de sus mártires, los mismos suplicios cuyo uso condenaba en sus contrarios. ¿Qué fué la humanidad cuando el hombre se constituyó en vengador de Dios? Un verdugo, tanto mas cruel y temible, cuanto con segura pero extraviada conciencia, en nombre de Dios, y por vengarle, derramaba la sangre de sus hermanos, suprimiendo su libertad y violentando su pensamiento. Lo mismo son las revoluciones que fanatizando el pueblo en nombre de la libertad, ensangrientan la tierra hollando su misma bandera, y que, constituyéndose en jueces, partes y verdugos, oprimen y castigan hasta las sospechas de un pensamiento, aun en leve oposi-

sus huesos. Sus bienes eran arrebatados, sus hijos y su posteridad cubiertos de infamia y abandonados á la miseria. ¿Qué pudo hacer el pueblo bajo el imperio de la casa de Austria, sino enviar lo mas selecto de él á verter su sangre en otros climas, y convertir en frailes la otra parte? Reducido á tal extremidad, el antiguo y fiero castellano dobló su cerviz al yugo del despotismo. Vencido en Villalar y privado de toda esperanza de ser libre, dejó de existir como poder público, y se trasformó en vulgo miserable. Como tal aceptó un género de poesía conforme á sus nuevos pensamientos, y el ántes noble y patriota castellano fué despues el siervo fanático de sus opresores, el verdugo de los pocos que intentaban sacarle de su estado. Supersticioso, se dedicó á cantar los falsos milagros: esclavo en su pensamiento, todo lo creia sin exámen; pero valiente todavia, y no teniendo héroes de buena ley que celebrar, celebraba los malhechores y bandidos que burlaban la justicia de los hombres. Así retoñaban aun contra la tiranía los instintos del fiero carácter castellano. Privado de cuanto estimula y engrandece el alma, extraviada su imaginacion y su razon torcida, olvidado de sus antiguas glorias, se corrompió y degradó hasta el punto de apasionarse de lo que era mas deforme y despreciable. Demasiado abatido para que desde su baja alcansase á mirar las clases mas altas de la sociedad en que vivia; entregado al desaliento y la pereza; contento entre la inmundicia que le rodeaba; indiferente á los asuntos públicos con relacion á sí propio, solo veneraba, al traves del prisma de sus errores, á la hipocresía como virtud, á la barbaridad como valor, al desenfreno como heroismo, á la charlatanería como ciencia, y á las creencias falsas como parte integrante del dogma verdadero. La mentira mas absurda era para él la verdad mas evidente, si se acomodaba á sus instintos supersticiosos, y desde luego creia con toda su alma cuanto era imposible y absurdo. Este cenagal de corrupcion, de falsa ciencia y de fe extraviada, sirvió de materia á los romances que los ciegos empezaron á propagar desde mediados del siglo xvii, y que simpatizan tanto con el vulgo alucinado, que constituyen su catecismo, su encanto, sus delicias, y puede decirse que hasta su único modelo ideal y su verdadero retrato. Gratos le eran estos romances, porque personificaban el denuedo en un contrabandista vencedor de un regimiento, y que se burlaba de las autoridades que persiguiendo el crimen lo hacian bajo las formas odiosas del despotismo: interesábanle aquellos cuadros lascivos, donde una dama resuelta dejaba la casa, y ultrajaba la autoridad paterna por seguir á un valenton rufian, á quien encubria en sus robos y favorecia en sus asesinatos; batia las palmas de gozo cuando se le presentaba un enjambre de alguaciles huyendo de un desaforado malhechor con visos de valiente; se entusiasmaba en pro del ladron que socorria á los pobres con los despojos de los ricos; placíale verle subir animoso al cadalso, donde despues de confesado, echaba un sermon muy tierno á los espectadores, y moria, tan persuadido como ellos de que iba sin tropezar á gozar de Dios, cual si fuera un santo; y en fin gustaba

cion con el que las dirige. Yo creo que Constantino fué el mayor obstáculo de la perfeccion evangélica, convirtiendo el Cristianismo en instrumento de sus ambiciones; y tengo por mas enemigos de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, á los que con su nombre en la boca las proclaman á fusilazos, que á los que las resisten con medios iguales. Sin embargo, aun cuando la opinion de un pueblo se haya formado con tales elementos de error, no por eso es menos incontrastable. El mismo Jesus se sometió á las consecuencias de contradecir la que en su tiempo dominaba; por ello espiró en la cruz, perdonando á

los ciegos verdugos que al derramar la sangre del inocente cumplieron las condiciones de la salvacion del género humano. El Hijo de Dios no fuera hombre si no se sometiera á la ley de la humanidad; pues ¿cómo el hombre perecedero podrá separarse de ella por mas que ruede en la circunferencia cuyos limites no puede traspasar? La sumision á los decretos de la Providencia, la caridad y otras virtudes espontáneas, y no forzadas, son la perfeccion moral á que el hombre puede llegar; y esta no se alcanza, si para realizarla se usa de la fuerza, de la intolerancia y de las persecuciones.

con desatino de hallar en estos romances un diluvio de milagros, de brujerías y encantamientos, una gaceta de terremotos y tempestades, incendios, pestes y castigos extraordinarios de la Providencia contra personas y pueblos enteros, sobre todo si eran judíos, moros ó herejes. Todas ó casi todas estas composiciones, consideradas como poesía, son detestables; pero ofrecen mucho interés, porque conservan los vestigios de una civilización degradada, y forman el contraste mas notable entre el carácter y costumbres del antiguo pueblo ignorante con el del nuevo vulgo humillado y envilecido; de la barbarie que camina á la cultura, con la civilización que desciende á la barbarie. Despues de perder su importancia política, ¿en qué habia pues de ocuparse el pueblo sino en embrutecerse, para sentir ménos su desdicha, ó para desconocerla? Por fortuna los grandes poetas de fines del siglo xvi y parte del xvii, restos de aquel tiempo en que la gloria se sustituyó á la libertad, centellas de aquel fuego divino que animó nuestra liberal existencia durante una lucha larga y santa, conservaron y elevaron la antigua poesía popular, que nació con ella, y que amalgamada con otros elementos de cultura y civilización, formó aquel sistema dramático tan vivaz, tan libre, tan fecundo que, salido de lo mas íntimo de nuestro carácter, circuyó la Europa, y sustituyó para nosotros áquellas epopeyas que surgen siempre del impulso recibido en tiempos de gloria y libertad, y que son el canto del cisne que se exhala para anunciar su muerte. La degradación del pueblo alcanzó tambien á los grandes ingenios que ensalzaron nuestra literatura, á los creadores de nuestro admirable sistema dramático. El espíritu de los romances vulgares les influyó tanto, que se vieron forzados á poner en la escena muchos de los innobles y groseros asuntos que el vulgo celebraba. La corrupción del gusto y de la moral cundia cada instante, y se inoculaba en todas partes. ¿Qué otra cosa era posible, cuando agotado ó fatigado el ingenio, no le era lícito abrirse nuevos caminos de creación y de entusiasmo? Debilitados los instintos de libertad en el reinado de los Reyes Católicos, ahogado bajo el imperio de Carlos V y de Felipe II, extinguidos los de gloria en los tiempos de sus débiles sucesores, la buena y bella literatura apagó del todo su brillo, y desapareció con el último vástago de la raza Austriaca que reinó en España. Para nosotros desaparecieron, con los postreros años del siglo xvii, todas las memorias gloriosas, todo el vigor nacional, todo lo que fuimos; y comenzó el xviii sometiéndonos á la dinastía francesa, que nos impuso las costumbres, la política, la administración y la literatura de su patria. Bajo este fatal influjo desapareció la España moralmente; y su poesía grande, noble y original, espiró con ella y con su nacionalidad, despues de haber sido ambas víctimas del despotismo, de los errores políticos de sus mal aconsejados gobernantes, y del abuso que hicieron de sus fuerzas y aun de sus prosperidades. ¡Plegue al cielo que ahora, en la nueva carrera que nuestra patria ha comenzado, recupere lo que perdió, y conquiste aquel varonil vigor que la hizo muchos siglos respetable y respetada!

Dividimos el *Romancero de vulgares* en las secciones siguientes:

Primera. Novelescos y fabulosos.

Segunda. Caballerescos.

Tercera. Asuntos milagrosos y devotos

Cuarta. Asuntos históricos, generales y particulares.

Quinta. Biografías y anécdotas de valientes facinerosos y bandidos.

Sexta. Descriptivos y varios.

En la primera seccion se incluyen los que tratan de los encantamientos, etc.

En la segunda los de asuntos caballerescos, hechos sobre los de los antiguos y acomodados para el objeto de todos los vulgares.

En la tercera y cuarta, su título indica el objeto de que tratan.

La quinta tiene por asunto las valentías, amores, hazañas y desafueros que admira el vulgo.

La sexta finalmente comprende los de la clase que señala su denominación.

## OBSERVACIONES

### SOBRE LOS ROMANCES VARIOS DOCTRINALES, AMATORIOS, SATÍRICOS, BURLESCOS.

Termina la tarea el *Romancero* de esta clase de composiciones, destinadas unas á la enseñanza moral, otras á la manifestación especial de las pasiones que agitan el alma influida por afectos tiernos y delicados ó vehementes y profundos; otras que se dedican á la censura y crítica de los vicios sociales y morales, y otras que ridiculizan y caricaturan los actos humanos. En todas prepondera el elemento subjetivo y lírico.

Severos consejos de moralidad y conducta se hallan en los doctrinales; ternura, delicados y afectuosos sentimientos se expresan en los amorosos, donde ya bajo el aspecto pastoril, ya serio, ya apasionado ó ya ligero y festivo, se representan las diversas fases que toman las pasiones eróticas en su expresión y lenguaje.

En los satíricos y burlescos se esgrime el azote de la crítica contra los vicios de la sociedad y las diversas clases que la componen, ya usando de las punzantes sales de Horacio, ó ya del rudo cinismo de Juvenal. Entre estos romances se comprenden tambien las jácaras ó sátiras irónicas en que con apariencias de elogio se retratan y describen los hábitos y costumbres, y se remeda el lenguaje de cierta clase de monstruos que contaminan la sociedad, y que pueblan los cadalsos, los presidios, las casas de prostitución y los hospitales. Allí la musa cáñica de Quevedo, y de otros poetas que le precedieron ó imitaron, empleó su energía é ingeniosidad para retratar el vicio en toda su horrible desnudez, y de tal manera que causase horror y hastío.

Sabido es que los españoles hemos inventado y nos hemos aventajado en este género de literatura, un tanto grosera, pero vigorosa y ruda; y que *Lazarillo de Tórmes*, *Rinconete y Cortadillo*, *Guzman de Alfarache*, *La Pícaro Justina*, *El Bachiller Trapaza*, y otras tantas novelas semejantes, no han tenido rivales, sino que sea el *Gil Blas*, de quien puede decirse que es un libro inimitable; porque Lesage fué un gran talento imitador, que si cedió á sus modelos en originalidad, los aventajó mucho en cultura, en buen gusto y en filosofía. Las jácaras, además del objeto principal que las inspiraba, son muy interesantes, porque satirizan duramente á la autoridad que en vez de prevenir los delitos se asocia á ellos, ó los tolera y protege mientras la prestan utilidades. Desde el verdugo que vende á la víctima su lenidad en el castigo, desde el escribano que prostituye su fe para dilatarlo, desde el alguacil que por dinero encubre y asegura á los delincuentes, hasta el juez superior que descuida sus deberes de actividad y vigilancia; todos, todos sin excepcion son vigorosa y agriamente censurados y castigados en las jácaras, que así consideradas son el mejor contraveneno de los romances vulgares, cuyo objeto es revestir de heroísmo y conducir á la gloria, despues de ahorcados, á los ladrones, asesinos y malhechores, y poner bajo sus pies á los jueces, que cumpliendo con sus deberes, los persiguen y castigan.

Inútil es advertir que el *Romancero de romances varios* no comprende todos